HORAS CREPUSCULARES.

HORAS CREPUSCULARES.

COLECCION
DE
CANTARES Y SEGUIDILLAS,

POR

DOÑA ISABEL DE VILLAMARTIN.

MADRID:
IMPRENTA DE C. GONZALEZ,
San Vicente Alta, 52.
1865.

A S. M. F.

Doña María Pía de Saboya,

REINA DE PORTUGAL.

SEÑORA:

Al dedicaros la humilde obra que con el título de *Horas crepusculares* tengo el alto honor de ofreceros, creo pagar un tributo de admiracion y de simpatía hácia V. M. y hácia la digna nacion que os llama su Reina, y de la cual he nacido tan cerca que solo un brazo de rio la separa del pueblo de mi naturaleza.

En la fértil Galicia ví la luz del mundo, y en las floridas márgenes del cauda-

loso Miño se deslizaron los primeros dias de mi infancia.

Desde allí contemplaba las blancas casas de Portugal, bañadas por las aguas de dos naciones hermanas, y muchas veces, en alas de mi juvenil deseo cruzaba el rio en una frágil barca que las risueñas brisas impelian hasta tocar la opuesta orilla.

La felicidad no es patrimonio de la criatura; es astro que oculta sus rayos al momento de nacer.

El Sér supremo en sus inescrutables destinos, dispuso de la vida del autor de mi existencia, y aquella primera gota de hiel que apuró mi alma, me hizo dar poco tiempo despues un doloroso adios á mi pais nativo, y á todo cuanto de él me era grato.

Mas quedóme, señora, una madre tiernamente querida para mantener fervorosos en mi memoria esos recuerdos que quizá la edad hubiese extinguido.

En nuestras cuotidianas conversaciones me referia los usos y costumbres de la nacion portuguesa, que con tanta frecuencia habia visitado: me hablaba en su idioma, el cual me era tan grato al oido como todo cuanto me contaba de ese pais con entusiasmo.

Abandonó tambien mi madre la tierra, dejando vivos en mi corazon los recuerdos de todo cuanto ella habia amado. ¿Qué extraño es, señora, que conmigo hayan crecido, se hayan desarrollado y existan tiernos y lozanos como el dia en que nacieron?

¡En mis largas horas de triste soledad,

cuántas veces he dirigido la mirada, á través de un velo de lágrimas, á los alegres años de mi edad primera!

Por esto, señora, al dedicaros el fruto de algunas horas de meditacion, lo hago contando con vuestra Real indulgencia, en gracia de lo que, dando espansion á mi alma, he tenido el honor de expresaros.

Si V. M. grande y buena, se digna fijar los ojos en mis cantares, que he procurado identificar con los que el pueblo de mi noble pátria entona al suspender su trabajo diario, y recorre algunas de sus páginas, será la mayor recompensa que pueda alcanzar mi humilde obra.

SEÑORA:

A L. R. P. DE V. M.

Isabel de Villamartin.

MEDITACION.

EL CREPÚSCULO.

MEDITACION.

Ya el astro que fecunda
reclinó su cabeza
en los montes vecinos;
celajes purpurinos
recamados de oro
labran el alto cielo;
tejen su blanco velo
las nieblas en el rio,
que estienden lentamente
fuera de su vertiente,

y bañan antes de un color sombrío
Las aves se despiden
del moribundo dia,
y en su última agonía
cantan con triste acento,
un himno vespertino
lleno de amor, de pena y sentimiento,
y luego el vuelo emprenden
y los espacios hienden
en busca de sus nidos,
enseñando desde ellos
á sus hijos queridos
cómo la tierra vístese de luto
pagando al dia el postrimer tributo.

—

El murmullo cercano
del arroyo en el llano;
el rumor de ciudades convecinas,
el viento en las rüinas

de edificios que alzaron
el tiempo y las edades que pasaron,
el bullir del torrente,
la brisa que murmura
en los verdores de la selva oscura,
y todos los sonidos
que divagan perdidos
del mundo en el desierto,
van formando un concierto
de discorde armonía
que al ánimo suspende y estasía,
y á comprender empieza
la eternidad con toda su grandeza.

—

Poco á poco se extinguen
los informes rumores,
y sus voces cristianas
elevan las campanas,
y los hombres hermanos

en Dios y en el trabajo de sus manos,
doblegan las rodillas,
y elevan su plegaria
que alumbra solitaria
la refulgente estrella vespertina,
y á la mansion divina
penetra entre perfumes
de la flor que su cáliz puro cierra
ó inclina su cabeza hácia la tierra.

—

Todo es silencio, soledad, reposo:
de su letargo se desprende el alma,
y en la tranquila calma
de cuanto la rodea
nuevos espacios crea
de la materia un punto desprendida,
y con vuelo profundo,
remóntase á otra altura,
y ve que hay otra vida

para la criatura
más allá de los límites del mundo.

—

Despues pliega sus alas,
y en el vaso de arcilla
vuelve á encerrar su esencia;
su desventura llora,
y esperando la hora
de hallarse en la presencia
del Dios que la ha creado,
vive con el cuidado
y el afan de la vida deleznable,
y sufre los dolores
y todos los rigores
que en la intranquila tierra
abruman siempre al cuerpo miserable.

Tambien el alma mia
que vive sola y triste
aguarda el fin del dia,

y olvidando en el mundo cuanto existe
de un poder invencible se reviste;
y en la suprema hora
que la tierra las sombras ha llamado,
evoca lo pasado,
y todas las visiones
de los séres que ha amado
y en el mundo vivieron
acuden á su lado;
avanzan silenciosas,
mas de pronto se vuelven presurosas
y esquivan los abrazos
que el corazon les diera hecho pedazos.

—

Las visiones de amores,
de ensueños seductores
van mostrándose luego
con sus alas de fuego.
¡Amores que murieron

al punto en que nacieron,
y en el alma dó entraron
cuna y sepulcro hallaron!...
Y van lejos... ¡muy lejos!...
á formar escuadrones
con las otras visiones,
del dia á los reflejos...
y en silencio me miran,
pesarosos suspiran,
y entre nieblas oscuras
van velando sus pálidas figuras.

—

Durante estos delirios
que llegan siempre cuando muere el dia
evocando en la ardiente fantasía
mil recuerdos de dichas y pesares,
he escrito mis cantares
al fuego de mi alma concebidos,
y he mojado la pluma

en la fuente abundosa
que el sentimiento emana generosa,
y en su libre albedrío,
al desatarse el pensamiento mio,
ha recorrido del dolor la escala,
y he sentido vibrar extremecida
las fibras delicadas de mi vida:
de mi labio han partido
ayes desgarradores
que un eco no han tenido;
se ha agitado en mi pecho
el corazon deshecho,
y al romperse los diques de mi llanto
la noche me ha cubierto con su manto.

CANTARES.

CANTARES.

I.

A los montes de Occidente
el sol ha llegado ya,
para encender con sus rayos
la estrella crepuscular.

II.

Inmenso rio es la vida
que arrastra á la humanidad,
y entre sus revueltas olas
la lleva á la eternidad.

III.

La bóveda de los cielos
está cubierta de azul
y las almas de los justos
á las estrellas dan luz.

IV.

Las puertas de la otra vida
las abre la caridad,
no digas—que Dios te ampare—
si tienes algo que dar.

V.

Lazos que forma el amor
fácilmente se quebrantan,
si un solo nudo se rompe
todos ellos se desatan.

VI.

Dicen que no me has querido
porque eres rica y yo pobre,
aunque estés bañada en oro
se verá que eres de cobre.

VII.

Me cubrieron de cadenas
por oprobio y por tormento,
mi cuerpo estuvo en prisiones
pero no mi pensamiento.

VIII.

Los dos estaban á solas,
los separaba el rubor;
él... recordó el paraiso,
ella... el castigo de Dios.

IX.

Mirad, mirad á lo lejos
el sol que brilla en el mar,
con cargamèntos de estrellas
vereis las olas llegar.

X.

La noche es la consejera
de las almas fatigadas,
acude á prestarnos sueño
y nuestros párpados baja.

XI.

En el espacio que media
de la cama al ataud,
hay un camino de sombra
y otro camino de luz.

XII.

Cuando el alma de tu madre
veas que remonta el vuelo,
no bajes los ojos, niña,
que en la tierra no hay consuelo.

XIII.

Calienta la roja lumbre,
calienta el dorado sol,
para calentar mi pecho
necesito otro calor.

XIV.

No hay mancha que no se lave;
la mirada vuelve á Dios;
con llanto la Magdalena
todas sus culpas lavó.

XV.

Dicen que el primer amor
en el alma queda impreso,
un amor borra otro amor
si hay distancia de por medio.

XVI.

Al formar su corazon
esta máxima en él graba:
»Sé humilde con los humildes
y á los débiles ampara.»

XVII.

¡Honor! Palabra que muchos
la prodigan sin cesar,
y hacen con ella el escudo
con que encubren su maldad.

XVIII.

Me dejó para sudario
de mi triste corazon,
recuerdo que vivirá
tanto como viva yo.

XIX.

Esas gotas cristalinas
que derrama el sentimiento,
son jugo del corazon
y le vá secando el tiempo.

XX.

Veletas á las mujeres
las llaman los hombres todos,
verdad es, pues todas giran
al viento de sus antojos.

XXI.

La parca lo iguala todo,
su imperio el mundo avasalla
y en el campo de los muertos
lúgubre su trono se alza.

XXII.

Arbol que ya no dá fruto,
¿para qué le quiero yo?
¡Ingrato! Olvidas que un dia
con su sombra te cubrió!

XXIII.

En un pedestal de gloria
te he visto resplandecer,
luego, cubierto de oprobio
tuviste que descender.

*

XXIV.

Dicen que para vivir
se necesita dinero:
si hay dinero y no hay salud,
¿de qué sirve lo primero?

XXV.

Las heridas de la honra
son las que dan mas dolor,
al que te hiera perdona,
pero no olvides su accion.

XXVI.

No me impidas que te ame
porque siempre te amaré,
y si muero, de mi tumba
para amarte me saldré.

XXVII.

Las pestañas de tus ojos
te sombrean media cara,
sombra que desaparece
al rayo de tus miradas.

XXVIII.

Antes de vernos, serrana,
tú eras una y yo era otro,
mas despues de habernos visto
somos los dos uno solo.

XXIX.

Era hermosa, hermosa y pura,
se alejaba de la infancia,
y al emprender su camino
la sorprendió muerte amarga.

XXX.

A la puerta de mi casa
el dolor vino á parar,
le invité para que entrara
y tomó asiento en mi hogar.

XXXI.

No te lo puedo decir
ni tú lo dirás tampoco,
si es que me muero por tí,
ó es que me muero por otro.

XXXII.

Tañe triste la campana:
¿por qué triste tañerá?
porque ha muerto de desdenes
el amante más leal.

XXXIII.

Era luz de mis desvelos,
era el alma de mi alma;
con ella lo tuve todo,
sin ella todo me falta.

XXXIV.

Pasó ya la primavera,
el estio llegó ya;
luego vendrá el triste otoño
y el invierno, última edad.

XXXV.

Yo quisiera echar raices
dentro de tu corazon,
extraer toda su sávia
y morir luego de amor.

XXXVI.

Si quieres una corona
yo corona te daré,
la de la flor del granado
en tu cabeza pondré.

XXXVII.

Para conquistar la gloria
el hombre lucha y se afana,
y al fin tiene que dejar
al pié del ciprés la palma.

XXXVIII.

Siempre la luz de tu amor
arderá dentro del alma;
solo el poder de la muerte
de un soplo puede apagarla.

XXXIX.

Si por arte de Merlin
te pudiera transformar,
en pez te convertiría
para poderte pescar.

XL.

Entre esa verde cortina
que da sombra á tu ventana,
¡con qué afan me esconderia
para sorprender tus gracias!

XLI.

Mis ilusiones huyeron,
mis esperanzas volaron,
los desengaños vinieron
y mis lágrimas brotaron.

XLII.

En mi pecho tanta pena,
tanta pena se encerró,
que solo el dolor habita
dentro de mi corazon.

XLIII.

Esa mirada de fuego,
la palidez de tu cara
y esa hechicera sonrisa,
son perdicion de las almas.

XLIV.

Tus ojos, frente y nariz,
forman, hermosa, una cruz,
y en el centro resplandece
el signo de tu virtud.

XLV.

Eres tú rica y muy rica,
no hay nadie que no lo sepa,
tus cabellos son de oro
y tus dientes son de perlas.

XLVI.

No hay plazo que no se cumpla
ni deuda que no se pague,
el que tenga que pagar,
que tranquilo no descanse.

XLVII.

Heridas que brotan sangre,
ciérranse y cesa el dolor,
en las heridas del alma
siempre dura el torcedor.

XLVIII.

Al pasar por el estrecho
que llaman de Gibraltar,
no sentí tanto mareo
como el que dándome estas.

XLIX.

Cruzas soberbio en tu coche
de tu fausto haciendo gala,
y todos saben que tienes
muy empobrecida el alma.

L.

En la cuna hay diferencia,
pero no en el ataud,
que el del pobre y el del rico
llevan ambos una cruz.

LI.

En un campo de ilusiones
se vé brillar una flor,
y en sus pétalos se lée:
«el rey del mundo es amor.»

LII.

Siempre me dan fatiguitas
cuando paso por tu calle,
y veo que á tu ventana
por mí no se asoma nadie.

LIII.

Muchos pidieran á Dios
poder y oro en abundancia,
yo le pidiera la clave
para descifrar las almas.

LIV.

Si el que nace es el que muere,
el que muere vivirá
en un sitio donde el hombre
no tiene patria ni edad.

LV.

El amor que yo le tengo
su desamor no ha matado,
porque le amo en el recuerdo
de un tiempo que ya ha pasado.

LVI.

Vírgen de la soledad,
vengo á hacerte compañía,
que es mucha pena vivir
solitario noche y dia.

LVII.

Cuando percibo alma mia
el aliento de tu boca,
creo estar en un jardin
todo alfombrado de rosas.

LVIII.

Un borracho dijo un dia,
¿para que quiero el dinero
si no puedo sostener
tanto peso como llevo?

LIX.

De oro y marfil un palacio
te construyera en el mar,
para que te divirtieras
en ver los peces nadar.

LX.

El dia que la perdí
dos fuentes mis ojos fueron,
y entre sus amargas aguas
dulces recuerdos nacieron.

LXI.

No te apesadumbres, niña,
por el amor que te falta,
que amor que nos deja y huye
por otro nuevo se cambia.

LXII.

Si yo me quisiera ahorcar,
por dogal escogeria
una de tus negras trenzas
y contento moriria.

LXIII.

¡Infeliz de la mujer
que cifra todo su imperio
en un poco de hermosura
que ha de destruir el tiempo!

LXIV.

Sin encontrar un escollo
impávido crucé el mar,
y en tu corazon de roca
al fin me vine á estrellar.

LXV.

La muerte llega, y el malo
quiere su reloj parar,
mientras el bueno, los granos
de arena contando va.

LXVI.

No vayas, niña, á la fuente
donde van tantos soldados,
que al mirarles distraida
pudieras quebrar tu cántaro.

LXVII.

Hiedra seré si la muerte
te viene, niña, á buscar,
te cubriré con mis hojas
y encontrarte no podrá.

LXVIII.

Empeñé mi corazon
como joya de más precio:
cuando fuí á rescatarle
tenia una ilusion menos.

LXIX.

Los claveles de tu reja
dan envidia á tu vecina,
porque dice que su novio
siempre que pasa los mira.

LXX.

Por tí, niña, me hice esclavo
y tu fuiste mi sultana,
mas me diste libertad
de la noche á la mañana.

LXXI.

Morena, ¡qué gracia tienes!
ya no puedes tener más,
si la que te sobra vendes
muy pronto rica te harás.

LXXII.

¡Suerte infeliz la del hombre
que olvida desde que nace,
que el vicio á la expiacion
conduce temprano ó tarde!

LXXIII.

Si la hiel del corazon
subir pudiera á la cara,
¡cuántas falaces sonrisas
de los lábios se borraran!

LXXIV.

La vergüenza que tenias
no cuidaste de guardar,
la perdiste... no sé dónde,
y no la has vuelto á encontrar.

LXXV.

Si yo supiera escribir
te escribiria una carta,
diciéndote que el desden
con otro desden se paga.

LXXVI.

Con el costal de sus vicios
caminando el hombre vá,
por el penoso camino
que lleva á la eternidad.

LXXVII.

El mundo nos guarda siempre
una leccion que aprender,
el que muere viejo, deja
siempre algo nuevo que ver.

LXXVIII.

Yo soñé que me querias
y soñé que me olvidabas,
y entre un sueño y otro sueño
se interpuso un mar de lágrimas.

LXXIX.

En el ócio no malgastes
el tiempo que Dios te dá;
que el tiempo pasa una vez
y ya no vuelve á pasar.

LXXX.

Todas las generaciones
representadas están,
por las olas de los mares,
qne unas vienen y otras van.

LXXXI.

Valiste, y ya nada vales;
no abrigues esa ilusion,
que quien ha vendido el alma
no puede tener valor.

LXXXII.

Para saber si tu honra
la opinion la manchó ya,
estudiarás las sonrisas
de las gentes al pasar.

LXXXIII.

Yo le amé cuando era pobre,
yo le amé cuando sufria,
cuando se vió en la opulencia
su pasado olvidó un dia.

LXXXIV.

Lágrimas por tí vertidas
te quise un dia guardar,
las probé y eran amargas
como las aguas del mar.

LXXXV.

Niñas que en el manantial
llenais el botijo de agua,
si no sois fieles al novio
la vertereis toda en lágrimas.

LXXXVI.

Una gitana leyó
en la palma de mi mano,
que me habias de matar
con un negro desengaño.

LXXXVII.

No pongas junto á mi tumba
ni laurel ni flor temprana,
pon un jazmin enlazado
en el tronco de una acacia.

LXXXVIII.

En la mansion del tirano
no busques felicidad,
que la dicha siempre huye
de donde no hay libertad.

LXXXIX.

Penetra por mi ventana,
pálida la luna, siempre,
es la amiga del que sufre,
y por eso viene á verme.

XC.

Tú ries cuando yo lloro
y ries de mi dolor,
tienes muy villana el alma
y muy negro el corazon.

XCI.

Nadie se vá de esta vida,
sin decir amo, ó amé;
las tempestades de invierno
son las que se han de temer.

XCII.

¡Lloras! Enjuga tus ojos,
no anubles su claridad;
el que puede decir «¡madre!»
pronto consuelo hallará.

XCIII.

Tú pisas, morena mia,
con tanta gracia y donaire
que muchos al verlo, piensan
se te vá á llevar el aire.

XCIV.

No hay corazon sin dolor,
ni hay un alma sin martirio,
ni hay vida sin un rigor
ni hay un amor sin delirio.

XCV.

Me dicen que á partir vas,
anda, y que te guie Dios,
mas no vayas á partir
tu corazon entre dos.

XCVI.

¡Qué hermosa está la inocencia
envuelta en su blanco velo!
¡Por qué los hombres pretenden
de su frente desprenderlo!

XCVII.

No codicies esa copa
que el rico apura en su asiento,
que á veces se halla en su fondo
la hiel del remordimiento.

XCVIII.

Cual fragata empavesada
vás en el mundo á vogar;
sin brújula que te guie,
muy pronto naufragarás.

XCIX.

Yo te amé sin conocerte,
yo te busqué sin hallarte,
yo recorrí todo el mundo
y no paré hasta encontrarte.

C.

No es un suspiro del viento
el que me hace despertar,
es el alma de mi madre
que me viene á visitar.

CI.

La ambicion que te seduce,
¿dónde te conducirá?
hoja que arrebata el viento,
nadie sabe á donde vá.

CII.

A la adelfa me comparas
para hacerme disfavor,
yo te comparo al ajenjo;
mira si es comparacion.

CIII.

¡Yo te bendigo experiencia!
mas por decreto insondable,
tras el desengaño acudes
y sueles hacerlo tarde.

CIV.

Mar adentro, mar adentro
me quise un dia lanzar
y me fué difícil luego,
puerto de salud hallar.

CV.

Se arremolinan las olas,
se aproxima el huracan,
¡pobre nave si en los mares
te encuentra la tempestad!

CVI.

Dos libros en esta vida
estudiarás con los años,
uno es el de los placeres,
y otro el de los desengaños.

CVII.

Amor que una vez ardió
jamás del todo se apaga,
si revuelves sus cenizas
siempre hallarás una brasa.

CVIII.

El curso que sigue el rio
sin retroceder jamás,
recuerda el amor primero
que pasa y no vuelve más.

CIX.

Yo no tengo más dolor,
que es el dolor de no verte,
y cuando te veo, temo
que un dia llegue á perderte.

CX.

La luz cuando se consume,
la lumbre cuando se apaga
y la noche con sus sombras,
son imágen de la nada.

CXI.

Si tus lábios son claveles,
si tus megillas son rosas,
y tu pecho es de azucena,
eres un jardin, hermosa.

CXII.

Es tu rubia cabellera
como los rayos del sol;
niña, ampárame á la sombra
de tus brazos, con amor.

CXIII.

Margaritas y amapolas
alfombran el verde prado,
yo quisiera ver entre ellas
tus piececitos descalzos.

CXIV.

Tú buscas un pensamiento
no busques más, toma el mio,
y él evitará que caigas
en las simas del olvido.

CXV.

¡Qué espacios y qué horizontes!
¡qué nubes arreboladas!
para subir hasta el cielo,
yo quisiera tener alas.

CXVI.

Sin verte, te veo siempre
ya reir, ya sollozar,
te tiendo amante mis brazos
y no te puedo abrazar.

CXVII.

Con mil celajes la aurora
cubre el cielo de zafir,
con tanta púrpura y oro,
yo te quisiera vestir.

CXVIII.

Suspiro que de mi pecho
dejas la angustiosa cárcel,
en busca de otro suspiro,
cruza la region del aire.

CXIX.

Si mi corazon tuviera
alitas para volar,
volaria en pos del tuyo
hasta poderlo alcanzar.

CXX.

A la Vírgen del Recuerdo
te encomendé, dueño mio,
y tú á mí me encomendaste
á la Vírgen del Olvido.

CXXI.

Corren años, corren meses,
los dias corriendo van,
tambien corre nuestra vida
sin detenerse jamás.

CXXII.

Tienen su nido las aves,
tienen su lecho las flores,
yo solo soy quien no tengo
donde ocultar mis dolores.

CXXIII.

Yo quisiera vivir siempre
debajo de tu ventana
y oir tu primer suspiro
cuando despiertan las auras.

CXXIV.

En un rincon de mi huerto
nació un hermoso alelí,
siempre que paso le miro
y al verle te veo á tí.

CXXV.

La flor que nace en los lagos
es menos blanca que tú,
eres blanca cual la espuma
que brota en el mar azul.

CXXVI.

No te acerques tanto á mí,
morenita de ojos negros,
porque si te acercas mucho
tendrán que doblar á muerto.

CXXVII.

Favores á los galanes,
no compres nunca ni vendas,
que en tales compras se pierde
y no se gana en las ventas.

CXXVIII.

Lánceme usté una mirada,
que se lo pido por Dios,
y si es usted generosa,
en vez de una, que sean dos.

CXXIX.

Si en la oscuridad me pierdo,
niña, no sientas enojos,
que si me pierdo será
en la noche de tus ojos.

CXXX.

La oí cuando suspiraba
y la pregunté, ¿qué tienes?
y dijo anegada en llanto:
—Lloro de tu amor la muerte.

CXXXI.

Morena, válgame Dios,
válgame Dios, mi morena,
que en los celos que me abraso,
me dejas arder sin pena.

CXXXII.

No me devuelvas jamás
mis cartas ni mi retrato,
que el dolor que recibiera
podia costarme caro.

CXXXIII.

Desde el dia en que quitaste
mi sortija de tu dedo,
en la cadena de amor
hay un eslabon de menos.

CXXXIV.

El valle de la esperanza
es como el de Josaphat
que todos en él cabemos
y nadie deja de entrar.

CXXXV.

Un pañuelo me entregaste
con cifras de tu cabello,
el pañuelo desconozco,
pues las cifras gastó el tiempo.

CXXXVI.

Cuando el triste desengaño
se presente en tu camino,
leerás todas mis cartas
y arrojarás un suspiro.

CXXXVII.

Cuentan que el sol cierto dia
al contemplarte durmiendo
enrojeció tus mejillas
y te doró los cabellos.

CXXXVIII.

Con la sangre de mis venas
te quisiera rescatar
del amor, que al cautivarte,
echó á tu cuello un dogal.

CXXXIX.

En el árbol del recuerdo
un pensamiento escribí,
para que nunca me olvides
como no te olvido á tí.

CXL.

La aurora te dió colores,
el rocío te dió perlas ,
el sol se fijó en tus ojos,
la noche en tu cabellera.

CXLI.

Ante la tranquila luna
juraste que me adorabas...
la luna veló sus rayos
y no pude ver tu cara.

CXLII.

Niña, el amor te ha robado
los colores de la faz,
con ese niño travieso
nunca vuelvas á jugar.

CXLIII.

Recostados en la yerba
á los dos juntitos ví.
¡Ay serrana de mi vida,
cuánto me acordé de tí!

CXLIV.

Al cubrirte con el manto,
deja los ojos sin velo,
que en la noche más oscura
hay estrellas en el cielo.

CXLV.

Me dormí, y soñé que á un bosque
una maga nos llevó,
que en aves nos transformamos
y un nido hicimos los dos.

CXLVI.

Las estrellitas del cielo
se ván al nacer el dia
á fijarse todas juntas
en el manto de María.

CXLVII.

Las cuatro ha dado el reló,
cierra la reja, serrana,
que el secreto de tu amor
no sorprenda la mañana.

CXLVIII.

Me enciende en celos el aire
que llega y besa tu cara;
si le pudiera coger,
le cortaria las alas.

CXLIX.

Hoy me eres indiferente
y te amaba con locura,
esto te demostrará
que el tiempo todo lo cura.

CL.

Para engañarte tendí
redes de fingido amor,
y tú rompiste las mallas
robándome el corazon.

CLI.

Un soldadito me dijo
que sin mi amor moriria,
yo se le dí generosa
y enfermé desde aquel dia.

CLII.

La honra de las mujeres
muchos tildan atrevidos,
y de una mujer olvidan
que todos hemos nacido.

CLIII.

¿Pides que cante, alma mia?
voy á cantarte un cantar,
que diga «el que canta y sufre
canta sus penas no más.»

CLIV.

Si amor entra por los ojos,
yo quisiera entrar triunfante
bajo el arco de tus cejas
y con tu amor coronarme.

CLV.

En la frente de la Vírgen
brilla la estrella del dia,
¡que yo pueda contemplarla
en mi postrera agonía!

CLVI.

Pintan la pena muy negra,
y muy verde la esperanza,
ambos colores reflejan
tus ojos y tus pestañas.

CLVII.

Centinela, estáte alerta,
porque á sorprenderte van
la mirada de dos ojos
y por ellos morirás.

CLVIII.

La vida tal como viene
todos la hemos de tomar,
es miel, de sabor amargo,
con mucha dósis de agraz.

CLIX.

Cáseme usted, padre cura,
prontito, cáseme usted,
que me tiene marcado
la puntita de su pié.

CLX.

Cuando vienes á mi casa,
vienes por solo un camino;
cuida mucho cuando salgas
no cruzar al del olvido.

LXI.

A la grupa de mi jaco
irás á la rómería,
partamos los dos juntitos
antes que despunte el dia.

CLXII.

Sonríe, que tu sonrisa
al alma roba el pesar,
despeja el rostro de nubes
que amenazan tempestad.

CLXIII.

Jesucristo predicó
el amor y caridad,
si amor, muchacha, no tienes,
caridad nunca tendrás.

CLXIV.

El alma sueña dispierta,
la hace el dolor delirar,
el tiempo la vuelve en sí,
y corre á la eternidad.

CLXV.

Me levanté de la nada
y he subido hasta muy alto;
con trabajo y con paciencia
se lleva el mundo rodando.

CLXVI.

¿Quieres que del arco íris
lleve, morena, una faja?
Por él subiré y tu nombre
pondrás con letras de plata.

CLXVII.

Me amargas el corazon
y á quejarme no me atrevo
porque el mundo me dirá
que te deje y yo no puedo.

CLXVIII.

Corro desde que he nacido
en busca de la fortuna,
y está de mi tan distante
como está el sol de la luna.

CLXIX.

Tu cuello de blanco cisne
merece una gargantilla
de esos brillantes del cielo
que estrellas se denominan.

CLXX.

¿Pides para divertirte
una caña de pescar?
sírvete de tu abanico,
mejor caña no hallarás.

CLXXI.

Rosas hay en tus mejillas
y en tu boquita claveles,
forma con ellas un ramo
y déjame que le bese.

CLXXII.

Todo aquel que es desgraciado
procure entregarse al sueño,
que es el tiempo más feliz
el que se pasa durmiendo.

CLXXIII.

El monte, el valle y el rio
se cubre de blanca niebla,
envuélvete con su velo
para ocultar tu belleza.

CLXXIV.

Llevo la cruz del pecado
que contigo cometí,
Dios castiga á los ingratos
y yo contigo lo fuí.

CLXXV.

El sol eclipsa á la luna
y la luna á las estrellas,
y tú á todas las mujeres
que crió naturaleza.

CLXXVI.

Levanté una fortaleza
para guardarme á mí mismo;
con el aire de tus faldas
al suelo toda se vino.

CLXXVII.

La mancha que hay en tu ropa
dicen que tu madre lava;
lávala, niña, con llanto
y verás cómo se marcha.

CLXXVIII.

Una manzana cogiste
del manzano de mi huerto;
sea la de la discordia
si tu corazon no es bueno.

CLXXIX.

La ronda me iba siguiendo
y entré en tu casa, alma mia,
y han contado á los vecinos
que salí siendo de dia.

CLXXX.

Llevas, niña, un guardapiés
que no te tapa el tobillo,
vuélvete espaldas al aire,
no se propase atrevido.

CLXXXI.

Dicen que de contrabando
tu casa llenita está,
dale tú entrada al resguardo
y no la registrará.

CLXXXII.

¿Me preguntas si he llorado?
de lágrimas formé un mar
para anegar mis recuerdos
y no lo pude lograr.

CLXXXIII.

Si me dieras el permiso,
á tu reja subiria,
y los hierros que la tejen
con mis dientes limaría.

CLXXXIV.

Há tiempo que en mi cabello
una cana se asomó,
los años marcan arrugas
y canas pone el dolor.

CLXXXV.

La noche, traidora siempre,
quiere oscurecer tu cara,
no tiembles porque sus sombras
mueren al nacer el alba.

CLXXXVI.

Al pasar por aquel sitio
do nos solíamos ver,
suspiras por lo pasado
y yo suspiro tambien.

CLXXXVII.

Tengo, hermosa, una guitarra
que compré cuando te ví;
acompaña mis cantares
y canta solo por tí.

CLXXXVIII.

Un dardo agudo clavaste
en mitad del corazon,
el dia que me dijiste
ya no hay nada entre los dos.

CLXXXIX.

Me has mandado tu retrato,
y me sigue donde voy,
con mis lágrimas le empaño
y mis suspiros le doy.

CXC.

El mundo me dió martirio
el dolor fué mi tirano,
solo Dios puede curar
un corazon desgarrado.

CXCI.

Un tropel de blancas nubes
esconde el disco del sol,
yo las comparo á esas blondas
con que velas tu arrebol.

CXCII.

Que existen presentimientos
no me lo puedes negar,
presentí que me olvidabas,
¡mira, niña, si es verdad!

CXCIII.

He grabado tu palabra
en lo más hondo del pecho;
dijiste que me dirias,
«si te he visto no me acuerdo.»

CXCIV.

Te dirán que hay un ladron
que quiere entrar en tu casa;
no hay ladrones de la honra
como la puerta no se abra.

CXCV.

¡Mañana vas á la guerra!.....
un laurel voy á plantar
para que cuando regreses
su sombra te pueda dar.

CXCVI.

Tu boca es fuente de perlas
que esmaltan rojos corales,
deja que en sus puras aguas
mi sed un momento apague.

CXCVII.

Lluvia que vierten los ojos
descarga nubes del alma,
¡infeliz del que no puede
verter llanto en abundancia!

CXCVIII.

Sus lábios dijeron no,
y sus párpados temblaron,
¡qué de luchas y deseos
sus ojos me revelaron!

CXCIX.

Ayes que partís del alma
en busca de algun consuelo,
si no le hallais en la tierra,
subid volando hácia el cielo.

CC.

Las ilusiones son humo,
las esperanzas son fuego,
los desengaños cenizas
que barre el soplo del tiempo.

CCI.

Dame esa flor que en tu seno
un blando nido ha buscado,
yo la guardaré en el mio
que está de amor palpitando.

CCII.

Cuando vayas, niña, al bosque
iré á acompañarte al menos,
sola, no temas perderte,
que los dos nos perderemos.

CCIII.

En un zapato pulido
escondes tu breve pié,
mira, niña, donde pisas,
porque te puedes caer.

CCIV.

Buscaste marido viejo,
y con joyas te adornaste
y con el llanto ahora empañas
el brillo de tus diamantes.

CCV.

—Con tan grande desconsuelo,
¿díme, niña, dónde vas?
—Voy en busca del amor
que se fué, y no ha vuelto más.

CCVI.

El mar dió un dia á Colon
un mundo desconocido,
y yo te daré la llave
de donde están mis suspiros.

CCVII.

Guarda bien, niña, esa flor
que todos pureza llaman;
al solo aliento de un hombre
su blanco color se mancha.

CCVIII.

Amores halagadores
que al alma dais tanto afan,
por un beso de mi madre
os viera á todos pasar.

CCIX

El huérfano es en la tierra
un sér que buscando vá,
una fuente, luz y sombra
para poder descansar.

CCX.

Envuelto en la vaga sombra
que el crepúsculo señala,
te envio con un suspiro
todo el fuego de mi alma.

SEGUIDILLAS.

SEGUIDILLAS.

I.

En la falda del monte,
niña, te vieron,
sentadita en la yerba
junto á un mancebo...
¿Los ojos bajas?...
No te pongas, hermosa,
tan colorada.

II.

Dicen que amor es fuego
que arde en el alma,
y el soplo de la ausencia
llega y le apaga;
papel y pluma
cuidan de que ese fuego
no muera nunca.

III.

Para que amor no pueda
marcharse lejos,
y á tu lado le tengas
siempre sujeto,
mucho te importa
hacerle vestir pronto
traje de boda.

IV.

Ante el amor no debes
mostrarte sério,
debes siempre el semblante
tener risueño,
que amor es niño
y si no se acaricia
se vuelve esquivo.

V.

Llora el grande en silencio
sus amarguras,
que ante el mundo no puede
mostrarlas nunca;
¡feliz yo en tanto
que puedo por do quiera
verter mi llanto!

VI.

Una niña orgullosa
de su hermosura,
se miraba al espejo
de una laguna:
¡espejo vano!
tiró el tiempo una piedra;
se hizo pedazos.

VII.

Quiero tener contigo
siempre querellas,
y reñir, y alejarnos,
mostrar tibieza,
porque tú luego,
cuando hacemos las paces
me abres el cielo.

VIII.

El amor quiere siempre
probar de todo,
no le dés dulce, niña,
que es muy goloso,
lo que haces mira,
que una hartura pudiera
matar su vida.

IX.

Que el ampo de la nieve,
que la flor de agua,
que luna trasparente,
tú eres más blanca;
si yo pudiera
con el fuego en que ardo
te enrojeciera.

X.

Díme, díme, zagala.
carita de ángel,
¿por qué tan tarde vienes
de los jarales?
De tí murmuran...
y honra que se halla herida
tarde se cura.

XI.

Disputando, la vida
dijo á la muerte,
que ella por ser robusta
era más fuerte;
llegóse el tiempo,
y al oir la querella
pasó riendo.

XII.

Las rosas la robaste
de su faz bella;
á nadie dijo el hurto,
lloró su pena.
¡Quizá algun dia
otras rosas la venguen
con sus espinas!

XIII.

Tiene horas la existencia
horas amargas,
que el corazon oprimen
hiriendo el alma,
y esfuerzo vano
es querer que los ojos
no viertan llanto.

XIV.

Antes de ver tu imájen
te conocia,
que el pincel de mi mente
te dió la vida,
y hoy que te tengo,
conozco que mi obra
no ha sido un sueño.

XV.

Vienen del mar las nubes
cargadas de agua,
si el viento las impele
la desparraman:
yo la he probado
y sus gotas no amargan
como mi llanto.

XVI.

Las nieves en los montes
cubren volcanes
y yo encubro en mi pecho
la llama que arde.
La indiferencia
es la nieve que encubre
tanta firmeza.

XVII.

Quisiera ser, mi vida,
paloma blanca
de perfumado pico,
brillantes alas,
y á tu palacio
llegara cuando Febo
sube en su carro.

XVIII.

Los celos son visiones
que evoca el alma,
que la razon perturban,
la vida embargan;
de esa locura,
el sér que la padece
no vuelve nunca.

XIX.

Yo no tengo más bienes
que la esperanza,
y aunque el tiempo trascurra
nunca se acaba;
es para él pobre
una fuente que mana
raudal de goces.

XX.

Celages de la vida,
nubes que pasan,
tormentas que pretenden
robar la calma,
son los desdenes
que de amor en la hoguera
nacen y mueren.

XXI.

La fé del que se aleja
suele ser sueño,
si por ella preguntas
cuando haya vuelto,
ten entendido,
que quizá los recuerdos
trocó en olvido.

XXII.

¡Qué bonito es el cielo
cuando amanece!
pero aun lo es mas tu cara,
niña, cien veces;
si abres los ojos,
el sol cubre de envidia
sus rayos de oro.

XXIII.

Soy sér que cruza el mundo
en débil barca,
y en una sola tumba
vierto mis lágrimas...
¡Honda es mi pena!
Con el polvo que oculta
me confundiera.

XXIV.

De mi amistad te entrego
la llama viva,
tú que sentirla sabes
dala cabida,
y ella consuele
del corazon la pena
que sentir puede.

XXV.

El arroyo que corre
tan desatado,
en el lecho del rio
halla descanso,
mi pena dura,
el descanso que anhela
no encuentra nunca.

XXVI.

Tu corazon es, niña
nido de flores,
donde á ocultar se irian
todos los hombres,
y una por una
todas las destruyeran
con mano dura.

XXVII.

Las almas cual la mia,
tan solitarias,
tienen presentimientos
que las embargan,
y es don supremo
del porvenir distante
rasgar el velo.

XXVIII.

Si el cielo del espíritu
refleja nubes,
y es centro la conciencia
de donde surgen,
derrama lágrimas,
que el arrepentimiento
es sol del alma.

XXIX.

Te remito el traslado
de mi figura,
un momento contempla
mi imágen muda,
y díme luego,
si hermana es de tu alma
la que yo tengo.

XXX.

Unas veces es fea,
otras es guapa,
ctras es un demonio,
otras es santa,
¿En qué quedamos?
¿Es fea, ó es hermosa,
ángel ó diablo?

XXXI.

Al borde de una fuente
ví una zagala
que bañaba sus ojos
en agua clara,
para que nadie
sorprendiera el secreto
de sus pesares.

XXXII.

Si el amor á tu lado
se rinde al sueño,
es prueba que ha extinguido
todo su fuego;
dudar es vano,
de ese sueño al hastío,
no hay más que un paso.

XXXIII.

Yo descubro en tu frente
tersa y tranquila
destellos de una gloria
que el alma ansía;
alza tu vuelo,
que llegue á ver el mundo
lo que yo veo.

XXXIV.

Toma el vaso, no quiero
beber más vino,
bebí para olvidarla
y no la olvido.
¡Mujer ingrata!
del hombre á quien prefieres
tendrás la paga.

XXXV.

Madrecita del alma,
dame un espejo,
quiero ver si el semblante
conservo bello...
¡Madre, una arruga!
Si la vejez no avanza,
dolor la ayuda.

XXXVI.

Rasga el manto de sombras
la luz del alba,
y el sonido se oye
de las campanas.
Organo santo
que acompaña las preces
de los cristianos.

XXXVII.

Cuando la tarde acaba,
las golondrinas
suben á ver las nubes
tiernas amigas,
y se van luego
á medir los espacios,
¡lejos! ¡muy lejos!!!

XXXVIII.

¡Felicidad! Los hombres
todos te buscan,
unos alcanzan verte
mas otros nunca,
y yo cual ellos
corro para encontrarte.
¡Jamás te encuentro!

XXXIX.

La torpe envidia acerca
su boca impura
hasta la misma gloria
que la deslumbra.
¡Rüin anhelo!
El cristal que se empaña
más brilla luego.

XL.

El amor de aquel hombre
quemó tus alas,
luz que perenne ardia
para abrasarlas:
¡Negros amores,
los que llegan fascinan,
y huyen veloces!

XLI.

Cabellera de oro
tiene mi reina
y siempre el sol se pone
cuando la peina;
la noche llora,
y sus ricos cabellos
cubre de aljofar.

XLII.

Dos suspiros se encuentran
en el espacio,
cuando la luz del dia
se va acabando,
son de dos almas
que se aman en silencio
y entonces se hablan.

XLIII.

No te quiero en mi calle
de centinela,
que en mi pecho no tienen
eco tus penas;
amor es loco,
tú por mí estás muriendo
y yo por otro.

XLIV.

Debajo de sus rejas
pasas cantando
y ella al doncel escucha
que está á su lado,
ten muy presente,
que la oveja que bala
bocado pierde.

XLV.

Un pajarillo tienes
dentro tu jaula,
y siempre te enamoras
de los que pasan;
niña, cuidado,
vale más el seguro
que cien volando.

XLVI.

Deseaste una prueba
de su constancia
y entre los dos pusiste
ausencia larga:
no es maravilla
que aquel que se levanta
pierda su silla.

XLVII.

Destruiste de un golpe
mis esperanzas,
y dejaste en mis ojos
arder las lágrimas.
¡Triste es la vida!
El que bien amar sabe
muy tarde olvida.

XLVIII.

Eres humilde y quieres
noble marido,
la boda ha de costarte
muchos suspiros,
pues cada obeja,
debe juntarse, niña,
con su pareja.

XLIX.

Entre los torpes vicios
pasas la vida,
olvidas tus deberes,
todo lo olvidas;
el que mal anda
cuando llega su hora
en mal acaba.

L.

Te hago escuchar mis quejas
y son amargas,
que al ver cómo te portas
me duele el alma.
Quien bien te quiera,
te hará derramar llanto
aunque lo sienta.

LI.

Amor pintan los hombres,
amor que encanta,
mas viene al fin un dia
que este se acaba...
¡Amor de madre!
que los demás amores
son humo y aire.

LII.

No creas, porque canto,
que estoy contenta,
porque al cantar, tan solo
canto mis penas;
y estas son tantas
que mi vida es muy corta
para cantarlas.

FIN.